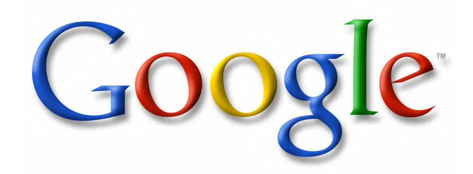

Google

COMEDIA-TRÁGICA

DEL GLORIOSO Y MARTIR

SAN NARCISO.



GERONA:

IMPRENTA DE P. TORRES.

o

COMEDIA-TRÁGICA.

EL MARTIR À TRAICION Y PROTECTOR DE SU PATRIA

SAN NARCISO.



Representada en el año 1800 por 1.ª vez en el Teatro de la Excma. é inmortal ciudad de Gerona.

Compuesta por un devoto del Santo natural y vecino de la misma.



GERONA:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE P. TORRES,
calle de Abeuradors, número 6.
Año 1848.

ARGUMENTO.

Despues, que el glorioso san Narciso, hijo, y Obispo de la Ilustre Ciudad de Gerona, dedicó todas las operaciones de su Santa vida, desde el primer instante del uso de la razon á la mayor gloria de Dios, que no contento, con haber instruido á sus Paisanos en la Doctrina de Cristo extendió su predicacion fervorosa à la Ciudad de Braga, en la Lusitania (de la cual fué Obispo, segun la mas cierta opinion) *que pasó á la Ciudad de Augusta, nobilísima, y antiquisima de la Germania superior, llamada antiguamente Vindelecia, en que hizo las famosas conversiones de Afra* (que era una Muger dada á los vicios) Digna, *Eunomia, y Eutropia, sus criadas, é Hilaria su Madre; que ordenò Obispo á* Dionisio, *Tio de dicha Afra, en cuyas conversiones ocupó el espacio de nueve Meses; fué llamado por el Espiritu del Señor, à que volviese otra vez à la Ciudad de Gerona, para animar y consolar á sus fieles Paisanos, que estaban tímidos y aturdidos con la cruel persecucion del Emperador* Diocleciano, *que á todo su poder martirizaba á los Cristianos. Obedeció el santo los preceptos de su* Dios, *y con su santo Pastoral Zelo animò á sus Cristianos Gerundenses, à despreciar las amenazas de su tirano Emperador; y del cruel Presidente de la Ciudad,* Daciano; *En cuyo ministerio Episcopal, ocupò tres años hasta*

lograr el premio que le previno el Señor en su glorioso Martirio, que acaeció en 29 de Octubre del año 305, segun graves opiniones; ejecutándolo los Tiranos á Traicion, cuando entraba à celebrar la santa Misa, por temor que siendo el santo de una de las familias más Nobles de la Ciudad, no se levantase algun partido.

En lo que acaeció en los tres años, que mediaron, desde que san Narciso Patron de la Ciudad de Augusta á la de Gerona, hasta su glorioso martirio, consistirà la materia de la presente tràgica representacion, que no ha sido dable al Autor, componerla con todas las reglas del arte por no permitírselo las circunstancias del asunto; no habiéndose podido seguir con estrechez, las tres uniones de accion, lugar, y tiempo, aunque se ha procurado en cuanto ha sido posible, al igual que el valerse de personas, que si no son Principes, ni Heroes, como deben ser en las tragedias, sean Nobles, y de la calidad como exije la seriedad de los lances de que ha procurado adornarse; y aunque algunos pasages no consten ciertamente en las Historias del santo; peró no carecen de una verosimilitud en sus acaecimientos, y pudo el Autor valerse de ellos, para decorar su Poema; por esto se introduce por otro de los Actores al Demonio, que despues figurado en la Persona de Flaminio, Personage Romano, es uno de los principales papeles del Poema igualmente se introduce el Martirio de Regalada, y la aparicion del Alma de santa Afra para mayor decoracion: Se espera que no

será desagradable á los espectadores la representacion de esta pieza, con cual se representa el zelo y Martirio de un santo Prelado, à quien debe la Ciudad la constancia en su Religion, que en ella florece, y tanto favor como ha merecido y merece á su Patrocinio y proteccion: Si alguna voz tal vez se leyese en este Poema que pudiese ser indiferente, atribùyase à licencia, ó estilo Poético, y no á que el Autor haya querido ni quiera apartarse en nada de la Catolica fe que profesa.

EL MARTIR Á TRAICION;

y protector de su patria

SAN NARCISO.

EN TRES ACTOS.

ACTORES.

Narciso.
Felix, Diacono.
Torcuato, Padre de Regalada Cristiana.
Felipa, Cristiana.
Alberto, Ciudadano.
El Alma de Santa Afra.
Un Angel.
El Demonio, despues en trage de Flaminio Romano.
Daciano, Presidente.
Octavio, Romano.
Lucio, Romano.
Mario, Romano, Capitan de la Guardia.
Lictores, Ministros, Soldados y Pueblo.

LA ESCENA SE REPRESENTA EN LA CIUDAD DE GERONA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sale el Demonio, desde lo alto á Cavallo sobre un Dragon, arrojando fuego por la boca, baja al Teatro, poco á poco, y entre tanto dice:

Demonio.

Ministros infernales, que obedientes
á mi voz os rendís; desde este dia
vuestra colera, rabia, y ardimiento
ha de ejercerse con mayor malicia.
Vosotros, bien sabeis, cuanto trabajo
nos cuesta, exterminar esta Doctrina,
que á las horribles furias del infierno
destruye, arrastra, abate, y aniquila,
¿y os faltará valor, ardid, é industria?
¡ Ah ! no lo creo, no; vuestra osadía
en mas graves empeños ha arruinado
los vastos Reynos, grandes Monarquías.
A vosotros se deben los errores,
con cuales el Gentil con su fé indigna,
adora en los Altares las figuras,
que de su creencia son vil ignominia:
Pues compañeros mios, prevenios
á hacer la mas feliz, mayor conquista,

que los anales [illegible], y ella sea
de la Fe de Jesus la ultima ruina.

Llega al Teatro y vuela el Dragon.

¡Ah! ¡pesima mi fortuna, y en que apuros
me ha puesto tu rigor, fuerza Divina?
¿No soy yo acaso hechura de tu mano?
¿Angel de luz en mis primeros dias?
¿De Espiritu Celeste no he gozado
las grandezas; y las prerrogativas?
¿Pues como una criatura, un barro humilde
ha de prevalecer á mis malicias?
Pero en vano me quejo ¡ó Eterno Numen!
si á mi pesar se han de acabar mis dichas.
Este Prelado, que cual rayo hermoso
de un Polo á otro extiende su Doctrina,
es mi Rival; y esta Ciudad su luz
es el origen de las ansias mias.
Si; de Narciso Madre, se admira alegre
que del Crucificado la Doctrina
asegura en su seno y [illegible]
aspira su ambicion á otras conquistas,
ilustra á Portugal, pasa á Alemania;
y desde un Lupanar la alta Doctrina
establece, y un pueblo de Cristianos
funda; Ni esto le basta, y hoy se encamina
á su Grey; ¡ó Gerunda! ya muy cerca
está de tus murallas; Este el dia
es, que te llegue [illegible], y á confortarte
en la tribulacion, que [illegible]
fomentará Daciano por influjos

de mi fiero poder y el cruel envidia.
¡ Que desesperacion ; que enojos,
que cuidados , que anhelo , que fatiga!
me ha de costar la idea que prevengo,
mientras Narciso á su Gerona asista.
Por esto hoy á sus muros me he acercado:
¡ Ay Infierno ! prepara tu malicia
contra este pueblo ; que feliz victoria
de Narciso en el báculo ya fia :
á prevenir ardides, buscar mañas,
ya mi soberbia y ambicion aspira ;
Influiré en el pecho de Daciano,
horrendos pensamientos , pondré insidias
en Octavio : mas para que yo logre
éxito mas feliz en tal conquista,
en trage de Flaminio figurado
(en quien Diocleciano su poder fia ;)
asistiré al Juzgado ; en que se trate
contra los Gerundenses la Ruina ;
y á mis impulsos repetidos siempre
he de ver mi victoria conseguida ;
ni pararé , hasta que ya se vea
el Obispo Narciso sin la vida
al golpe de la muerte , que
ha de sufrir á impulsos de la envidia :
pues la arma y á la empresa , infierno todo,
ayuda mi intencion , y vamos aprisa
á poner asechanzas , que ayudan
espiritus infernales este dia ;
que si no me dejais en tal empresa,
hoy he de ver la Christiandad perdida,
Prófugos los que son sus profesores,

y de su sangre esta Ciudad teñida;
y en fin muerto Narciso: al arma, al arma,
muera Narciso, y todos los que sigan
su voz, su parecer, su Ley, su ejemplo,
su Religion, y su fatal Doctrina.
Que si asi lo consigo por mi industria,
se verán mis ideas conseguidas;
triunfante el gentilismo; los Altares
llenos de las antiguas viles víctimas;
abatido el Cristiano; activo el vicio;
y por fin conseguidas ya mis dichas;
aborrecido Dios; yó venerado;
yo adorado, la Ley de Dios rendida;
El Cielo despreciado, y el Infierno
en su auge, en su poder sin que se rinda
á los influjos de un Cristiano Obispo
que va premeditando mi ruina.

Undese por un Escotillon

ESCENA SEGUNDA.

Lugar de Sarriá y Puente mayor, con la vista de la Ciudad de Gerona, á lo lejos. Narciso, y Felix Diacono de camino, y sin hábitos Eclesiasticos, disimulados en trage decente de Paisanos.

Narciso.

Gracias os doy, mi Dios omnipotente
que al fin te veo amada Patria mia:
despues, Señor, que á vuestra voz atento
ya vuestra comision se halla cumplida.

despues que yá en Augusta, la cristiana
religion; ha quedado establecida;
vuestra bondad, gran Dios, otra vez quiera,
que á mis conciudadanos, les asista
en esta cruel tormenta que se fragua
contra su fé, su religion, y vidas.
¡Ah! ¿Supremo Hacedor, que providencia
entre vuestros arcanos; mi fe' mira?
¿Porque Señor, con vuestras intenciones
suspendeis los progresos, que podrian
proporcionar aumento de este culto
y adoracion, á vos solo debida?
pero como en el hombre, habeis vos puesto
un alvedrío libre con fecundidad
quereis que á todo el mundo se descubra
de los Gentiles; cruel la tiranía?
Dadme, ó Dios vuestra luz, Señor, Guiadme,
no me desampareis; sea propicia
vuestra asistencia, para mis paisanos;
cuando su fe se mira perseguida.
¿Felix?

Felix.

¿Narciso?

Narciso.

¿Te hallas fatigado
de tan largo viage?

Felix.

Quien confia
en la alta providencia del Altisimo,
tiene dulce descanso en sus fatigas.

Narciso.

Si, Felix mio: El Dios, que nos conduce,

y que á nuestra Ciudad mis pasos guia
cuidará de nosotros, en él solo
tengamos la confianza; él nos anima;
y él ha de confundir á los Gentiles
que persiguen de el mismo la Doctrina.

Felix:

Pero Narciso, acaso ya podremos
conquistar la fiera cruel envidia
que el Infierno levanta malicioso
contra la Cristiandad? Si la perfidia
de Luzbel maquinó tantos tumultos
contra la misma Magestad Divina;
¿Que será de nosotros en la empresa,
siendo vil Barro?

Narciso.

Calla: no prosigas;
me asombra tu humildad, mas no desmayes:
tú bien has visto rápidas conquistas,
que el Supremo Hacedor por nuestro medio
ha dejado en Augusta establecidas:
A su pueblo el Señor estima; y ama:
¡Ah mi buen Dios! ¡ah Felix! la infinita
bondad Omnipotente, no abandona
á sus secuaces, cuando á él suplican:
Si Moisés necesita de camino,
le abre gran senda entre las aguas frias;
Si Gedeon, del Sol quiere mas rayos,
le hace parar en su carrera misma;
Si Gericó no rinde sus murallas,
á su voz sola se abren, y se arruinan:
Si Antioco persigue al Macabeo,
á la Madre, y siete Hijos él anima;

Si Abraham cumple con el Sacrificio
de Isaach; del peligro Dios le libra;
y en fin en cuantos ejemplares vemos
en los sagrados libros de la Biblia,
vemos siempre modelos, que constantes
de la eterna bondad, son pruebas finas.
¿Y nosotros, á quien la Omnipotencia
tan célebres encargos nos confia,
desmayaremos, cuando nos veamos
en los mismos peligros que nos fia?
¡Ah! no: mi Felix, la constancia nuestra
del Gentil hará ver la cruel perfidia,
y han de quedar atónitos, confusos,
al llegar á saber nuestra venida:

Felix.

No desmayo Narciso en los peligros,
que los fieros tiranos me fulminan,
solo temo, Señor, á mi flaqueza:
en vuestras manos pongo, Dios, mi vida,
dadnos valor, Señor; Narciso mio,
vamos á padecer; su vida rinda
á todos los trabajos, quien espera
en el Martirio, su primera dicha:
si algun reparo expuse á nuestra empresa,
solo fue mi flaqueza quien la esplica;
dudando en la constancia necesaria,
que en los cristianos es buena divisa.
De Barro soy, y temo la flaqueza
del ser humano, pero Dios me anima,
y con su amparo, emprenderé constante
cuantos trabajos vengan á mi vista.

Narciso.

Felix: aliento: Ciudadanos mios,
constancia: no os rindais á la ignominia
con que cruel el Infierno, y Daciano,
procuran en la fe vuestra ruina:
si ovejas sin pastor, estais medrosas,
ya llega vuestro Obispo: hoy es el dia
en que con mi constancia, y con mi zelo
vencereis la inhumana Tiranía.
Arme el Infierno todas sus cautelas;
Arme el Infierno toda su malicia;
que ha de triunfar de todos sus arditos,
la luz omnipotente que nos guia:
incógnitos entremos en Gerona,
paraque nuestra entrada no sabida,
contenga al Presidente en los excesos
que fiero contra Cristo premedita:
¿Felix mio que dices?

Felix.

Tus palabras
son para mi preceptos: quién domina,
en mi alvedrío, tu eres mi, Narciso,
el mismo Dios, que tus acciones guia.

Narciso.

Vamos á padecer, mi Dios amado;
vamos à sostener estas caidas.
Ovejas, que à influjos de temores
apenas hablar pueden, ni respiran:

Felix.

Vamos Obispo mio,

Narciso.

Felix: vamos,

á ofrecer al Señor nuestras fatigas
y mi Dios á vos encargo mis ovejas;
haced que con acierto las dirija:
vuestra Grey es Señor: á vuestro cargo
mi zelo Pastoral hoy las confia.

ESCENA TERCERA.

Demonio que sale por un Escotillon.

Demonio.

Ya ha llegado mi suerte al fin postrero;
ya el fiero Capitan hoy me conmina
el mas cruel combate, á que mi orgullo
despachado me abate y precipita:
ya Narciso ha llegado para alivio
de los que mis astucias perseguian;
pero no desmayemos en la empresa:
aliento en este lance; infierno, guia
mis pensamientos: venzan mis cautelas;
venzan mis furias, venza mi malicia:
y si á costa de ardides no consigo
llevar victoria, y publicar mis dichas,
serás, Gerona, Teatro el mas funesto
de muertes, de rigor, y tirania
que ha de asombrar á venideros siglos
la sangre, que ha de verse aqui esparcida.

ESCENA CUARTA.

SALON CORTO.

Torcuato, Felipa, Alberto, Regalada y los demas Cristianos.

Torcuato.

Amados Ciudadanos, será cierta,
¿que decis? ¿será cierta esta noticia?
¿que nuestro buen Narciso hoy llega á
vernos?
¿aquel mismo Narciso, que en la Mitra
sucedió à tantos Santos, y á su Patria
Zeloso inspira celestial doctrina?
si: mis paisanos el Sagrado Dogma
nunca prosperó tanto; y la divina
mocion de este prelado á su Gerona
en la ley de su Dios la fortifica;
aqui arraiga la fe, aqui destruye
del Infierno la infame monarquia;
mas no se ciñe aqui su heroico zelo:
vuela zelozo á Braga, y á las tibias
Almas del Portugal, él las exorta,
las fortalece, alienta, y las anima;
y al eco de su voz ceden constantes,
las que se hallaban ya desfallecidas:
esforzados asi los portuguesés,
vuelve á su patria, y ezforzado anima
en la persecucion, que violentos
Rufino y Daciano premeditan:

maquinan estos abatir del todo
la ley de Jesu-Cristo por envidia:
mas Narciso atendiendo á todas partes
salva su Grey, que casi ya vacila:
mas lo llama la Alemanía, y en Augusta
del Evangelio siembra la Doctrina;
con mil prodigios, dicen, pero hoy vuelve:
¡ Ah ! ¿temo yo que la esperanza misma,
que nos induce asi para creerlo
solo ha de ser idea ó fantasia?

Felipa.

Asi me lo confirma un confidente
seguro, que en la Asamblea misma
lo oyó de los gentiles, y que mucha
consternacion causoles tal venida.

Alberto.

¿Mas de donde saberlo habrán podido?
¿cuando nosotros con las ansias vivas
procuramos siempre á todas horas
indagar, atender, si él ya venia?

Torcuato.

Dios quiera sea asi; pero yo dudo
entre triste y alegre por tal dicha.

Regalada.

Yo no se que será: mas bien quisiera
este consuelo, para el alma mia;
pues que de Ontavio las seducciones
de Narciso á la vista calmarían:

Torcuato.

¿Qué dices hija amada?

Regalada.

Amado Padre,

tened piedad, amparad á vuestra hija,
este infiel, este bárbaro de Octavio
procura con alhagos y lascivias
perturbar la virtud, que nos enseña
de nuestra Religion santa Doctrina:
él me ofrece regalos; él me insulta:
él me amenaza fiero; y el me incita
á que de sus inmundos sacrificios
y de sus Dioses viles dogmas siga:
yo le desprecio, y abomino airosa
tanta maldad: y cuando ve que esquiva
de él me separo, me amenaza fiero
con rigor, con fiereza; ¡ah! si hoy dia
lograse en mi Narciso un patrocinio
¿que constancia, que ardor me animaria?

Torcuato.

¡Ah! si hija mia: todos los consuelos
en sola su presencia se hallarian:
¿mas que es esto? ¿que ruido? mira Alberto
¿que novedad es esta?

Alberto.

¡Ay Dios Albricias
Cristianos Gerundenses.. ya á la puerta....
de esta sala.... Narciso.... si.. el es.... dichas
acabad de venir..

Torcuato, Regalada, Felipa y todos.

¿Que dices hombre?

Regalada.

¿Es verdad?

Alberto.

Es verdad.

Todos.

Bondad Divina;
como hoy señor al pueblo Gerundense,
quieres fortalecer con tal venida.

ESCENA QUINTA.

Narciso, Felix y los dichos.

Narciso.

Amados ciudadanos; fieles mios,
estimadas ovejas; la Divina
providencia, á vuestros brazos,
para vuestro consuelo, hoy me destina:
abrazadme hijos; hijos abrazadme.

Los Cristianos se arrodillan y dicen.

Torcuato y todos.

Santo Pastor; tu mano nos bendiga
(Echales Narciso la bendicion y despues los abraza) ó gozo que nos colma de contento!
jamas he visto mas alegre dia.

Torcuato.

Explícanos Narciso de la empresa
los progresos, que tu lengua divina
ha hecho en Alemania; y como ha sido
sin saberlo nosotros, tu venida.

Narciso.

Gracias á Dios, que queda asegurada,
de la Ciudad de Augusta la conquista:
por los caminos mas irregulares

queda allí con aumento establecida
la santa religion, que veneramos;
muchos hay que la siguen, y la estiman:
concluida mi mision, el Cielo manda,
que otra vez á vosotros me dirija:
cumplo el precepto, y sin perder el tiempo
acelero, dispongo mi partida,
y para consolaros, y alentaros,
sin poder avisaros mi partida;
he llegado de incógnito á Gerona,
à saber en que estado la perfidia
del Presidente os tiene consternados:
despues os diré mas: Niña querida (*à Regalada*)
que siendo hija de un Padre tan Cristiano,
eres del santo Dios dulce delicia;
¿Que tienes? que en tu rostro, y tu semblante
ostentas lo interior de tu alegria?

Regalada.

¡Padre, querido Obispo! mis pesares,
mi trabajo cesó con tu venida:
¡Ah! que del cruel Octavio, gentil fiero,
mi virginidad se halla acometida;
regala, induce, alhaga, y amenaza
á esta infeliz; y cuando de sus iras
hago burla, me insulta, previniendo
que si niego el oido á sus caricias,
y si à sus detestables simulacros
no doblo, respetuosa la rodilla;
me ha de martirizar con tal tormento,
que he de ser escarmiento de sus iras.

Narciso.

Mira esposa de Dios; huye los lances,

de que Octavio te encuentre : en la fe viva
del Señor te conservo : no te espanten
los tormentos mas fieros, que conmina
la gentilidad ciega : Hijos queridos:
toda nuestra constancia apercibida
esté contra las iras del Tirano:
todos constancia hasta perder las vidas.
Vamos hijos ; á nuestro Dios Supremo,
vamos á suplicar, que nos asista
en la persecucion, que contra el Cielo,
y su eterno hacedor, Luzbel fulmina.
¿Felix?

Felix.

Narciso.

Narciso.

Tu, con mis Cristianos
quédate un rato ; sabio les incita
à no temer los riesgos del martirio,
y á defender de Cristo la doctrina:
mientras yo voy....

Felix.

¿Adonde? ¿solo? ¿expuesto?

Narciso.

Déjame á mi : una inspiracion me obliga
à separarme un rato de vosotros:
¡Gran Dios! alentad vos las escogidas
almas devotas, que en vos solo esperan
y en vuestra proteccion firmes confian. *(vase).*

ESCEÑA SESTA.

Felix, Torcuato, Felipa, Alberto, Regalada y demas Cristianos.

Torcuato.

Felix, hermano, ¿como el gran Narciso
hizo brillar de Dios las maravillas
en Augusta?

Felix.

Llegados allá apenas,
en Afra prostituta, bien indigna
posada hallamos, que en muy breve tiempo
la virtud de Narciso purifica;
exorta á Afra, y ella enamorada
de su virtud, de su pureza invicta,
la cruz de Cristo abraza, y con su madre,
con su tio, Eunomia, Eutropia, y Digna,
escándalos de Augusta; hoy son modelo
de Zelo, Caridad, de fe Divina.
Una Iglesia establece y la asegura,
à pesar del Demonio, y de la envidia,
con oracion, con zelo, con milagros,
que aquellas almas tiernas, consolidan.
admira Gayò la mudanza rara:
que Afra sea Cristiana, ya imagina.
Atribuye la culpa al estrangero,
que en casa de Afra tiene su acógida;
le busca, mas le esconde en unos atos
la actividad de su Alma convertida:
no quiere aun el Señor el sacrificio

que Narciso le ofreça de su vida;
le manda ir á Gerona; y establece
por obispo á Dionisio, á quien confia
la Cristiandad de Augusta, que constante
en la fe de Narciso se solida.
Peró vamos hermanos, vamos todos
á suplicar á Dios, que en su divina
proteccion, nos mantenga; y no abandone
á aquellos, que le adoran con fe viva.

Todos.

Vamos: Señor: oid nuestras plegarias:
constancia Dios amable.

Felix.

Si: propicia
mire vuestra bondad, Señor eterno,
á este pueblo escogido, que en vos fia.

ESCENA SEPTIMA.

SALON.

Daciano, Octabio, Demonio invisible.

Daciano.

En fin Octavio ¿qué? ya tu no puedes
ser querido de aquella tierna niña,
que todos tus efectos arrebata,
y de gusto, y contento aun te priva?

Octavio.

¡Ah! Daciano: todos mis desvelos,
mis discursos, mis ansias, bien se aplican
á vencer el amor de una tirana,

que al sumo padecer me precipita;
si la requiebro, me habla desdeñosa;
si la hablo amante, me responde esquiva;
si la amenazo, burla mi corage;
y si me atrevo, huye de mi vista.

Daciano.

Si no se rinde al ruego, la violencia
en tu mano pondrá la palma invicta:
ella es Cristiana, y al golpe del martirio
quedará su constancia reducida.

Octavio.

En fin yo estoy resuelto, de que si ella
no se rinde á mi amor; su vida misma
ha de perder en público cadalso;
(Demonio al oido de **Daciano.***)*
siendo de sus paisanos ignominia.

Daciano.

Esto no siendo amor, es furia loca,
que te arrebata, y cruel te predomina:
cordura compañero; no te arrojes
á tan vil pensamiento, mas si fia
en la fe de su Dios, tu Regalada,
la resistencia, que la vuelve esquiva,
¡vive el gran Jove! que al tormento fiero
ha de quedar su terquedad rendida:
vamos pues, à tratar, Octavio amigo,
el modo con que quede destruida
la religion contraria al nuestro culto,
que en la ciudad oculta se maquina.

Apatece.

Bien que por mi, no tengo, que
quejarme

de gentes; qué mi enojo no motivan:
mucho hay de emulacion en este lance:
lo creó así: todo será malicia:
mas disimularé; porque conozco
que hay muy poca razon y mucha envidia.

Demonio.

Aliento ardides mios, no paremos:
ya sembré la cizaña; ya confia
mi ardor, que conseguir podré triunfos
contra Narciso, y sus ovejas tímidas.

ESCENA OCTAVA.

BOSQUE: NOCHE FUNEBRE.

Narciso solo.

Narciso.

Yo no sé corazon, lo que me anuncias,
que á esta soledad mis pasos guias:
¿que seran? ¡oh mi Dios! ¿estos impulsos
que me llenan y colman de alegria?
¡Señor! ¡Eterno Dios! á vos ofrezco
(*arrodíllase y se pone en oracion*)
todos cuantos trabajos, y fatigas,
por vuestro gusto, padecí en los lances,
que esa bondad à mi humildad confia:
Ya es la hora, Señor, que en vuestra mano
provida, liberal, siempre benigna
me conforte, y anime en esta lucha,
que contra esta ciudad, fiero maquina
todo el infierno ¡Ah! mi Dios, prospere

la Santa Religion, que establecida
en Augusta dejé: sean constantes
aquellas almas, que tu luz Divina
sacó de las tinieblas del engaño,
y que el camino de la virtud guia;
atiende mi oracion ¡ Dios soberano !
¡ Ah ! mis súplicas sean atendidas
y ante de tu divino acatamiento,
logre yo el fin que el corazon suplica.

Va el Teatro iluminándose poco á poco extraordinariamente descúbrese en apariencia la alma de Afra vestida de blanco con dos Angeles, que el uno le pone la corona y el otro le entrega la palma del martirio: Narciso se va elevando poco à poco en un extasis; y canta al son de suave musica á las inmediaciones del Santo una oculta voz este

MOTETE.

Ven Afra gloriosa;
Asciende al Paraiso,
á gozar con tu esposo,
los frutos del martirio.
Si hoy celebras tus bodas
con tu Esposo divino;
participa estas dichas
obséquiosa á Narciso.

Afra.

Narciso: ya he llegado á los triunfos
que tu benignidad me prometio,

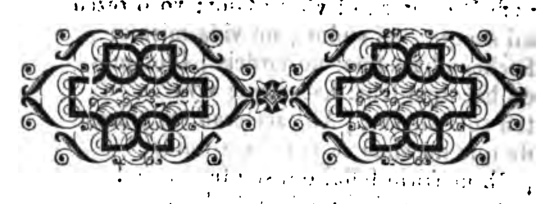
ya mi alma gloriosa, separada
de mi cuerpo al rigor de la cuchilla,
goza las glorias de mi Dios eterno;
á ti Narciso, rindo las devidas
gracias: pues conseguí tanta bonanza
por la penetracion de tu doctrina;
á impulsos del rigor, tu santa vida
se rendirá y lograrás el fruto
de tu predicacion: en la ara misma
te embestirá, sacrílego el tirano
y al pie del Altar mismo en tres heridas
por martir del Señor, con tres guirnaldas
te adorará la angélica milicia:
anima á tus obejas, que á tu triunfo
compañeras serán, y embravecidas,
burlando del tirano los rigores,
martires del Señor serán unidas.

Repìtese el Motete, y se desvanece poco á poco la apariencia: baja Narciso, y al llegar al Teatro levàntase, llora de ternura, y dice.

Narciso.

Enhorabuena sea Afra dichosa,
gloriosa martir; ¡ Ah ! en floridos dias
has rendido al Señor fina y constante
la mas hermosa y deseable vida;
goza mi Santa en brazos del esposo,
de tu virtud las mas dulces delicias.
¡ Ah ! el martirio predices que amenaza
á mi cuello algun dia ¡ Ah ! ¡ martir mia !,

¡ Oh Dios amado ! vuestro soy; yo ofrezco
mi sangre , mi sudor , mi vida misma:
Dichoso hacedme: no tardeis , Dios mio,
en hacerme feliz: haced que viva
tan solo en vos; ¡ Ah! acelerad los plazos
de que mi alma se vea á vos unida:
¡ Oh martirio feliz! ó instante amado !
¡ O dia deseado ! ¡ ó feliz dia !



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CALLE.

Regalada y Octavio,

Regalada.

Al Padre correré:: mas ¡ó Dios mio!
(*con turbacion viendo á Octavio*)
¡ rara casualidad ! ¡ suerte funesta !
¡ Señor ! ¡ mi Dios !

Octavio.

Hermosa Regalada,
¿ que te asusta , y te turba mi presencia?
¿ó es amor , el que altera tus sentidos ?
¿ ó bien de mi cariño te averguenzas ?
ea : deja el temor: ámame niña,
à mis cariños corresponde atenta,
y no seas cruel......

Regalada.

Octavio: advierte;
que te cansas en vano: tus promesas

son hijas de la furia, que domina
tu discrecion; y tu lascivia mesma
te precipita al cáos mas horrendo
de perdicion, que yo....

Octavio.

Tu vòz refrena:
deja esquiveces, no huyas, dime, ¿ quieres,
ó no quieres amarme ? ¿di en que piensas?

Regalada.

Callar quisiera: mas no puedo; cuando
conozco ya tus bàrbaras ideas:
refrena este tu ardor, que te domina,
esta pasion cruel, cuardo refrenas:
y cuando por mi ruego no lo apartes,
de esta pasion, que en ti domina ciega,
al Presidente iré; y de tus intentos,
le dará exacta y rigurosa cuenta;
que aunque de él tu seas substituto,
en ti castigará tal desvergüenza.

Octavio.

En fin mi Regalada; ¿que? ¿no quieres
condescender à la ansia que me altera ?

Regalada.

Mi Dios no lo permite: *(aparte)*
Dios amable
dad valor, dad aliento à vuestra Sierva.

Octabio.

Pues ya que à mis alhagos te resistes,
(procura abrazarla y ella se resiste)
lo que el amor no puede, harà la fuerza.

Regalada.

Tente: ¡que arrojo! pérfido; que alhajas

mi relion, mi honor, y mi nobleza!

Octavio.

Estoy ciego mi bien: entre mis brazos
apagaràs de amor vivo centella.

Regalada.

¡Ay de mi! ¡Señor mio! á vos apelo
(como que huye.)
amparad ¡ó gran Dios! á vuestra sierva.

Octavio.

Si por ti vuelve al cielo, no te ayuda;
ni te valdrá el Demonio, aunque venga.

Va á abrazar Octavio á Regalada, y al mismo tiempo la cubre á ella una nube, y él se encuentra abrazado con un monstruo horrendo.

aunque huyes de mis brazos ¿mas que es esto?
¡que horror! ¡que monstruo! huye mala fiera,
que perturbas y aterras mi corage,
y aumentas mi temor con tu presencia.
(desvanece la fiera.)

DENTRO REGALADA.

Regalada.

Octavio, ya estoy en salvo, pues mi ruego
se desvanece aquesta fiera horrenda,
que el cielo substituye en lugar mio:
teme (á Dios) teme el cielo, y escarmienta.

Octavio.

¿Yo escarmentar? ¿temer? ¿que tal
pronuncias?

viven los cielos, pérfida hechicera,
que has de probar en mí, de tus locuras,
con el rigor, la mas exácta prueba:
venganza; sí, venganza: Regalada
será el objeto de mi saña; sea
en ella crueldad, lo que en mí de antes
era cariño tierno, y amor era.

Regalada.

Al padre correré mas ¡ó Dios mio!

ESCENA SEGUNDA.

SALON PARA AUDIENCIAS CON SILLAS Y BUFETE.

Daciano, Lucio, y despues Octavio.

Daciano.

Dime Lucio ¿que en fin estos Cristianos
estan tranquilos? ¿la ciudad no alteran?

Lucio.

Señor, tan quietos están los Cristianos,
que contra ellos nunca hay alguna queja:
pagan puntual, gustosos el tributo,
que se debe pagar á nuestro Cesar.

Daciano.

Mientras lo hagan así, sufrirse puede
entre nuestra Nacion gente como esta.

SALE OCTAVIO COMO DESPECHADO.

Octavio.

No hay que sufrir, de colera reviento.

Daciano.

¿Que es esto? dime Octavio ¿que te altera,
que vienes así, el rostro demudado?
¿perdida la habla? ¿tímida la lengua?

Octavio.

¡Ah! dejadme : cruel : vil Regalada,
¿como de mi cariño así te vengas?
¿burlas mi amor, ultrajas mis cariños?
peró, tu pagarás muger perversa
el oprobio, que hoy he padecido
abrazando, no á ti, sino á una fiera.
Oye Daciano; cuando yo atrevido,
iba à abrazar à Regalada bella;
y á impulsos de mi amor gozar amores,
ésta cruel, y pérfida hechicera
en un horrendo monstruo convertida,
los brazos de mi amor cruel espera:
¡oh dolor! ¡oh rubor! ¡oh burla! ¡oh rabia!
solo al pensarlo la alma titubea.

ESCENA TERCERA.

Mario, y los dichos.

Mario.

Para hablarte, un Romano caballero,
espera Daciano la licencia:
dice, que con encargo reservado
para tí trae carta muy secreta.

Daciano.

Dile que puede entrar ¿que será, cielos,
noticia tan secreta?

Octavio.

¡Cielos! esta
novedad me perturba ¿de nosotros
està tal vez quejoso nuestro Cesar?

ESCENA CUARTA.

Demonio en trage de Flaminio y los dichos.

Daciano.

¿Es Flaminio?

Octavio.

Es Flaminio.

Daciano.

Amigo mio;
¿que precipitacion te trae á esta tierra
sin avisar el Cesar tu venida?

Demonio.

Los acasos, que exigen diligencia,
y solo á hombre, como yo se fian,
no se traslucen por noticias prévias:
Esta cartà Daciano, á ti te envia
el grande invicto Diocleciano Cesar;
y paraque tu cumplas lo que manda,
á mi me ordena, que á tu lado, alerta
esté en las providencias que tomares:
otra instruccion tambien traigo secreta,
que à su tiempo sabrás pero te advierto
que si obrar quisieres por condescendencia;
y si te miras tibio en los encargos,
que el Cesar te previene, y aconseja,
serás residenciado, y de la culpa,
la pena pagaràs con la cabeza.

Da una carta á Daciano; este la dà á Lucio Secretario, para que la lea.

Lee Lucio

Las repetidas quejas del poco zelo, con que obedeces las órdenes, que te tengo comunicadas para estirpar del todo la secta de los cristianos, que en esta ciudad toma vigor con el mayor descaro, me obligan á manifestarte mis sentimientos por medio de Flaminio, mi confidente; el tiene instruccion secreta del modo, como debes gobernar el negocio: la cautela importa; la actividad es necesaria; el pueblo es poderoso: los cristianos tienen valimiento; pero mi autoridad manda que se estirpe una religion que abomina nuestros cultos; á tus manos está confiada esta presidencia: eres otro yo, y debes perseguir á los cristianos, como yo les persigo, y en esterminarlos me harás un importante servicio. Júpiter te anime, y te dé acierto. Roma etc.—Diocleciano.

Daciano.

¿Que es esto? ¿quien ha sido?......

Demonio.

No te turbes:
tu proceder es ya notorio al Cesar:
sabe el, que disimulas al cristiano
su religion con vil condescendencia:
es ya tiempo, que mudes de dictámen,
su religion á perseguir empieza.

Daciano.

Si ellos ocultos siguen de su culto

los dogmas; si no enfadan, sino inquietan
de nuestros Dioses los sagrados ritus;
si unos vasallos son fieles al Cesar
porque han de perseguirse?

Demonio.

¡Ah! y que poco
conoces sus hipócritas cautelas.
Aprende, si: Daciano, de tu amigo;
de Gayo, digo; cuando tuvo idea,
que en Augusta el cristiano residia,
con que solicitud jamas sosiega,
hasta que conseguidas las noticias,
que conoció oportunas á la empresa;
con ellos acabó: ya Afra y su madre
á su impulso perdieron la cabeza;
si eres Romano, si al monarca sirves,
si á tus Dioses, estimas, y veneras;
ten animo, y corage: extirpa, arruina
esta Cristiana, esta moderna secta,
que contra tus deidades se levanta,
y las dogmas impugna de tu creencia:
si no te mueven mis persuasiones,
si no atiendes lo que te manda el Cesar;
órdenes tengo yo de deponerte
del cargo, que el vasallo en ti respeta.

Octavio.

Daciano, Flaminio, es justa y sabia
la idea; de que hoy perseguido sea
con mas rigor que nunca el cristianismo.

Demonio.

Y nunca mas que ahora, cuando en esta
ciudad, desconocido, y encubierto

se encuentra un adalid, que en las empresas
de Portugal, y de Alemania, mucha
gente alistó de Cristo á las banderas:
pero no es tiempo ahora: en otra junta
vendrà ocasion de hablar de esta materia.
Ea ¿que determinas?

Daciano.

Determino
discurrir entre todos con prudencia
cuales medios podràn ser adaptables
á conseguir el fin de nuestra idea;
mándese publicar un nuevo edicto,
con cual se ordene, mande, y se prevenga,
que nadie, bajo pena de la vida
y de torturas crueles y sangrientas,
en público ó en privado siga, adore
al Dios de los Cristianos, ni se atreva
á seguir su doctrina:

Demonio.

Es acertado.

Daciano.

Lucio?

Lucio.

Señor?

Daciano.

Tu luego haz, que se extienda
el edicto acordado, y se publique
como es costumbre; Mario?

SALE MARIO.

Mario.

Que me ordenas?

Daciano.

Harás que exactamente sea cumplido
todo cuanto el edicto en sí contenga,
y sean arrestados al instante
todos cuantos á ello contravengan;
sin distincion de sexos ni de edades
sean nobles, ó de la plebe sean.

Mario.

Haré como lo mandas.

Daciano.

Ya comienzo
á arder en ira contra la perversa
secta cristiana, opuesta á mis deidades.

Octavio.

Cooperaré en todo cuanto pueda
á destruir la Cristiandad, que ultraja
los Dioses que mi fe solo venera.

Demonio.

Ya comienzo á esperar ver conseguida
la idea á que me anima con cautela
dispondré, que no quede cristiano
vivo en esta ciudad: todos perezcan.

ESCENA QUINTA.

SALON CORTO.

Regalada, Torcuato, y despues Narciso y Felix: Regalada turbada por una parte y Torcuato por otra.

Regalada.

Padre, querido padre:

Torcuato.

Hija querida;
¿que tienes? ¿ que te turba ? ¿ que te altera?

Regalada.

¡ Ah ! padre: Octavio , cruel bárbaro, bruto,
indómito , atrevido , á mi pureza
insultó temerario; pero luego
mi Dios oyó mis repetidas quejas;
me hace invisible; y el gentil lascivo
quedó abrazado de una horrenda fiera.

Torcuato.

¡ Oh mi Dios ! ¡ ó bondad inaccesible !
que justas siempre son tus providencias !

Narciso.

Regalada..

Felix.

Torcuato..

Narciso.

Ya se como
el cielo ha premiado la resuelta
constante lid , que contra un atrevido
tuvo tu varonil casta inocencia.

Regalada.

Favores son del cielo soberano.

Narciso.

Quiere Dios, que á mas riesgos te prevengas;
pues has de ser ejemplo de heroinas,
que por su Dios su misma sangre viertan.

Regalada.

¡ Ah ! ¡ mi Pastor ! ¿ y cuando será el dia
que en los martirios ofrecer yo pueda
esta alma al criador ? ¡ ó Dios amado !

vuestra es mi voluntad, soy vuestra sierva.

Torcuato.

Hija: si del martirio los laureles
prevenidos están á tu cabeza,
dichosa tu: ¿Que padre tan dichoso
he de ser en el dia en que yo vea
tu cuerpo de tu sangre matizado,
y de mártir ceñir la diadema?

Narciso.

Vamos, amados hijos, reverentes
á obsequiar al señor: la oracion sea
el único regalo, á que atendamos;
pues se va levantando una tormenta,
que solo nuestro Dios puede animarnos
á poderla sufrir, y triunfar de ella.

ESCENA SESTA.

PLAZA.

Lucio, y Mario, con soldados.

BANDO.

Lucio.

Publíquese el edicto que Daciano
expide, porque así lo manda el Cesar.

Mario.

Atended todos, atended, alerta.

Lee Lucio.

Daciano Presidente: mando pena de la vida
que desde el mismo instante de la publicacion

del presente edicto, ninguno de los vasallos del emperador Diocleciano, mi señor, se atreva á venerar al Dios de los cristianos; ni á ser cristiano, ni á celebrar asambleas de esta religion en público ni en privado; y quien contraviniere, será castigado luego con muerte afrentosa de cruz, y sujeto á otros tormentos al arbitrio mio, y segun lo exijan las circunstancias de su inobediencia, y tenacidad, lo que será irremisible, y la ejecucion sin tardanza. Dado en Gerona à los 30 de Setiembre del año de trescientos cinco.—Daciano.—Por mandado del Presidente.—Lucio, secretario.

Lucio.

Fijadlo en esta esquina: alerta todos;
que nadie á lo ordenado contravenga.

Mario.

A mi cargo estará.

Lucio.

Quien sea reo,
se traiga de Daciano á la presencia.

ESCENA SEPTIMA.

Oratorio secreto: noche, Bufete con una luz, que á su tiempo se apaga. Narciso, Felix, Torcuato, Regalada, y cristianos.

Narciso.

Las bondades de Dios son infinitas,
son rectas sus divinas providencias:
cuanto mas el tirano nos aflige,

y mas se anima á nuestra decadencia,
entonces son mayores los auxilios,
con que conforta al fiel, que le venera:
oremos al señor, hijos amados;
imploremos humildes su clemencia;
no para que nos libre del tirano;
ni nos indulte de su furia ciega;
sino, para que anime nuestros brios
en el lance seguro de la ofrenda,
que hemos de hacer à Dios en sacrificio
al rendir al señor la vida nuestra.

ESCENA OCTAVA.

Felipa, Alberto, medrosos, y los dichos.

Felipa.

Obispo mio::

Alberto.

Mi Pastor::

Narciso.

¿Que es esto?

Felix.

¿Que teneis que? ¿que os perturba y amedrenta?

Narciso.

Sosegaos; decid:

Alberto.

Yo os lo diré:
(apenas hablar puedo en tal tragedia (*apte.*)
el cruel Daciano ha publicado
esta tarde un edicto; ¡ó Dios!

Narciso.

Alienta.

Alberto,

En que prohibe á pena de la vida,
que ninguno se arroje, ni se atreva
à seguir de mi Dios la ley sagrada,
ni adorar al señor, que nos sustenta:
perturbado ¡ay de mi! veo un edicto
fijado en una esquina, estoy alerta
si hay alguno que mire; á nadie advierto;
lo arranco; y con él vuelo con presteza
á presentarlo aqui: hallo á Felipa,
que tímida, turbada, medio muerta
apenas mueve el paso: yo la animo;
y con ella llegué á vuestra presencia.

Narciso.

Déjame este papel; á ver que dice
(lee entre si).
¡Jesus! ¡mi Dios! ya nuestra dicha es cierta:
atended, escuchad, lee Torcuato;
admira de mi Dios la providencia.
(lee Torcuato el edicto.)

Regalada.

¡Oh soberano Dios, que asi conduces
al martirio feliz á esta tu sierva!

Narciso.

Hijos, amados mios; reverentes
oremos al Señor de cielo y tierra,
que constancia nos dé para el martirio,
que contra nuestras vidas se fomenta.

PONENSE TODOS EN ORACION.

Señor; á vuestras manos estas almas,
que me confió la eterna providencia,
pongo ; mi Dios, mirad, cuan resignadas
á vuestra santa voluntad se muestran:
protejedlas , Señor ; si, confortadlas,
y no sucumban en su heroica empresa
(quedan en oracion)

ESCENA NONA.

Demonio y los dichos.

Demonio.

Cuando pensé, que con tal edicto
en la fe los cristianos desfallezcan;
hallo su proceder tan diferente,
que con las amenazas , aun se alegran:
¡O pesia á mi furor! con que sosiego
orando estan , y á Dios todos se entregan:
mas yo perturbaré las intenciones,
con que á su Dios acuden y le ruegan:

Mata la luz y se convierte en un horroroso serpiente que pone en asombro á todos.)
Narciso sin hacer movimiento dice.

Narciso.

¿Que es esto infernal monstruo?
¿que te atreves

á repetir insultos de soverbia,
que ya en augusta fueron reprimidos?
¡Ah! si, cansaste en vano: una luz sea
del alto cielo, quien confunda y postre
tu pensamiento, y pérfidas ideas.

Aparece en el aire una luz en forma de cometa que ilumine el aposento y el Demonio se hunde con estrépito.

mi Dios: gracias os doy por tantas dichas,
con que me honrais: á vos sòlo se ceda
todo el honor y gloria: confortados
estamos ya, con vuestra providencia:
no nos abatirán los enemigos
que á vuestra santa ley tanto desprecian.
Animo, hermanos mios, no os espanten
martirios ni la muerte que os espera:
¡Oh! si fuese hoy el dia; ¡Dios amable!
de que mi vida à vuestros pies rindiera.

Regalada.

¿Que nuevo ardor me anima? ¡no, no temo!
ya ni de Octavio las impertinencias;
ni del martirio los dolores cruelos;
apetezco morir; si, mi Dios, muera.

Narciso.

Con prudencia os portad, que á quien inspira
nuevos impulsos Dios, Dios le preserva:
venid à este lugar, con el secreto
que à todos os dictare la prudencia;
mas si llegaré el lance de esponerse
de nuestra santa ley á la defensa,

ánimo, corazon; no desmayaros:
padecer y morir, que Dios lo ordena.

Torcuato.

Narciso así lo haremos: Dios conforta nuestro animo y valor; y ¿como espera nuestra alma generosa aquel instante de ceñir del martirio la diadema?

Todos.

Morir, Narciso santo, deseamos
en defensa de Dios, y de la ley nuestra.

Regalada.

El nuevo ardor, que al corazon inflama
á mayores arrojos ya me empeña.
(aparte á Narciso.)

Narciso.

Dios te habla el corazon cumple constante,
lo que ordena el Señor; feliz doncella,
que por primicias de esta nueva lucha,
contigo liberal mi Dios se emplea.

ESCENA DECIMA.

SALON REGIO CON TRONO.

Daciano, Octavio, Lucio, Demonio,

Lucio.

Ya el edicto señor, como mandaste,
por toda la ciudad fijado queda:

Daciano.

¿Quien será el atrevido que no cumpla,
lo que mi autoridad en él ordena?

Demonio.

Es tanto de esas gentes el capricho,
es tanta de esas gentes la soverbia,
que tal vez harán mofa de las órdenes,
y vendrán á burlarse en tu presencia.

Daciano.

Pues ¡vive Jove! que si alguno de ellos
á tan horrendo arrojo se atreviera;
fijado en una cruz su triste vida
rendirá atravesado con saetas.

ESCENA UNDECIMA.

Mario, los dichos, y despues Regalada.

Mario.

Señor: una doncella hermosa, y linda
para poderte hablar pide licencia.

Daciano.

Dile, que puede entrar (*siéntase.*)

Octavio.

(*aparte*) ¿Corazon mio,
que tendrás que te cubres de tristeza?

SALE REGALADA.

Regalada.

¿Bien pensarás, tirano Presidente,
que el presentarme ahora à tu presencia,
es para suplicarte alguna gracia,
ó pedirte justicia? si: pues esta,
hoy te vengo á pedir contra tí mismo.

¿Que rabia? ¿que furor tanto te altera,
que con un tal edicto, el mas infame,
el nombre del cristiano borrar quieras?
Yo soy cristiana: yo soy Regalada
no te admires; yo soy.... no te conmuevas;
si, yo arrastrada de un impulso escelso,
me presento ante tí; para que veas,
que nuestro Dios, eterno, omnipotente
fortalece á las débiles doncellas,
que le adoran rendidas; que no temen
el rigor del martirio en su defensa.
Estos viles, inmundos simulacros,
que en sacrilegas aras tu veneras,
¿Darian. di, á sus pérfidos secuaces
tal valor? ¿tal coraje? ¡Ah! ¿que te altera,
el que te diga yo tantas verdades,
y tu no puedas dar congrua respuesta?
Estos Dioses son oro, plata, ó barro;
y aun tal vez fabricados de materias
mas sucias, mas inmundas, despreciables
que el mismo cieno: mas el Dios, que nuestra
santa religion adora y ama,
es principio de todo: el cielo y tierra
crió con su poder: todo depende
del alto brazo de su omnipotencia:
y puede aniquilar con solo un soplo,
cuanto existe en el mundo; ea, ea, deja
de perseguir el nombre cristiano:
revoca la orden: á tus Dioses niega:
y confiesa por Dios el verdadero,
que los cristianos creen y veneran.

Demonio.

¿Que esto puedas sufrir?

Daciano.

Sorprendido
tan temerario arrojo, á mi me deja
que apenas se si estoy despierto, ó sueño.

Demonio.

Castiga luego tanta desvergüenza.

Regalada.

Calla monstruo infernal; cuerpo aparente;
Luzbel tirano; no, no me amedrentes;
pues tal vez para mi está prevenida
la silla que ha perdido tu soverbia.
Este es tu compañero, Daciano;
compañero adaptado á tus ideas;
que si al Demonio adoras en las aras
siempre el mismo Demonio al lado llevas.

Daciano.

Ya no puedo aguantar tanta osadía:
ea Lictores; esta vil doncella
sea luego al cadalso conducida;
y puesta en cruz azaetada muera.

Regalada.

¡O cruz! ¡ó dulce muerte, que me aguardas!

Octavio.

Señor: suspende un breve rato aquesta
merecida sentencia: yo me animo,
á reducir tal vez á esta doncella,
á que de nuestra ley siga los dogmas
y retracte lo dicho en tu presencia.

Daciano.

Tres horas por tu ruego doy de plazo:

si ellas pasadas, ella perversa
en su obstinacion: muera; entre tanto
tenedla aprisionada entre cadenas,
y en calabozo obscuro.

Regalada.

¡Dios eterno!
¿porque me retardais la dulce pena
de morir, dueño amado? ¿el dulce instante
de padecer por vos? hágase vuestra
divina voluntad, y en todo cúmplase,
lo que ordenare vuestra providencia.

(*parte entre los Guardias.*)

Daciano.

Dime Octavio, que causa te ha movido
á suplicar humilde mi clemencia,
para con Regalada, si enojado
deseabas vengarte de la fiera
burla, que te hizo, cuando tu querias
atrevido gozar de sus finezas?

Octavio.

La voz suspende: quise bien: te ruego,
que para hablar con ella des licencia,
á los que entren conmigo à reducirla.
escribe Daciano *el despacho, y dalo à Octavio.*

Daciano

Toma el despacho; y vete.

Octavio.

Voime aprisa (*vase*).

Daciano.

¿Que decis de esto amigos?

Lucio.

No lo entiendo:

una desgracia el corazon recela.

Demonio.

Los secretos arcanos del Altísimo
no puedo penetrar. (*aparte.*)

Daciano.

Vamos: ¡que ideas
tan fúnebres, confunden mis sentidos,
y el corazon de pasmos me penetran! (*vase.*)

Demonio.

¿Que me haya así insultado Regalada?
¿que me haya así insultado, la perversa?
¿y que yo reprimido, no he podido
vengar tan execrable desvergüenza?
¡Ah! ¡que rabia! pues muera Regalada,
y cuantos á su misma ley profesan,
si vengarme no puedo de otro modo,
su sangre ha de inundar toda esa tierra. (*vase.*)

ESCENA DUODECIMA.

CALLE.

Torcuato, y despues Octavio

Torcuato.

¡Que devoto ardimiento de una niña,
criada en la mayor delicadeza!
¡que así se ofrezca en grato sacrificio,
de nuestra religion para defensa?
Angeles: alentad sus intenciones:
animadla á sufrir; cuando en la pena
entre amorosas ansias ella invoque

al amoroso esposo, que venera.

Octavio apresurado y suspenso.

Octavio.

Torcuato: ¿donde estàs?

Torcuato.

¿Que quieres hombre?

Octavio.

¿No sabes lo que pasa? Tu hija bella,
condenada está á muerte: al presidente
habló libre, animosa, y descompuesta
contra los Dioses, que adoramos finos;
alterose Daciano; la condena
que en público cadalso asaetada
la vida rinda y al tormento muera,

Torcuato.

Octavio: ya lo se;

Octavio

¿Y así tranquilo
esta noticia tan fatal te deja?

Torcuato.

¡Ah! que engañado estas Octavio: advierte,
que la palma mayor, y mas escelsa
gloria consigue en esto Regalada;
que, si de todo el mundo reina fuera;
¿y quieres tu, que llore tanta dicha?
¿que por esto su padre se entristezca?

Octavio.

Con todo háblale tú: con este pliego puedes
entrar á hablarla, con quien quieras,
Daciano lo permite: persuádela

que ame, y estime mi correspondencia:
con esto libre está: logro mi gusto,
y ella con su apreciable vida queda.

Torcuato.

Dame el despacho, que yo te aseguro,
aconsejarle, lo que justo sea;
le diré, que conserve fiel su vida;
pero entiendo decir, sea *la* eterna. (*aparte.*)

Octavio.

Vete: no pierdas tiempo: no tardes;

Torcuato.

¡Oh! ¡del señor que justas providencias!

Octavio.

Un gran golpe aventuro: si su padre
persuade á Regalada; amor alienta;
quizà podré lograr de sus cariños;
pero si muere, moriré con ella.

ESCENA DECIMATERCIA.

CARCEL.

Regalada sola con cadenas y un angel.

Regalada.

¡O adorada prision! ¡ó amada estancia!
¡O grillos dulces! ¡ó suaves cadenas!
¿cuanto tardais mi Dios, en darme el gozo
de que pueda llamarme, esposa vuestra?

BAJA UN ANGEL VOLANDO Y AL VERLE
REGALADA, SE ARRODILLA.

Angel.

¿Regalada?

Regalada.

¿Quien llama?

Angel.

Quien enviado
del señor viene.

Regalada.

Extremo de clemencia,
manifiesta el señor, con esta esclava,
que su divino rostro ver desea.

Angel.

Regalada: el señor por sus bondades,
darte inefables gozos hoy espera:
se acerca el plazo ya; en que tu triunfes
del mismo juez, que inicuo te condena;
pero tu casta sangre, derramada
convertirá al señor al mismo, que era
antes oprobio tuyo, Octavio: Octavio;
al mirar tu constancia; las quimeras
detestará de sus falsas deidades,
y seguirá de Cristo la bandera;
defenderale firme, y en martirio
ha de verter su sangre:

Regalada.

¡O providencia
inefable, infinita, inexplicable
del grande Dios! Señor ¿como consuelas
á esta tu sierva en el postrero lance
con consolacion la mas sincera?

Angel.

Constancia Regalada; yo á tu lado,
el testigo seré de tu firmeza;
y te he de consolar en los tormentos:

á Dios. (*vuela y levántase Ragalada.*)

Regalada.

Vuestra bondad bendita sea,
que por caminos tan extraordinarios,
á los que en vos confian; les consuela.

ESCENA DECIMACUARTA.

Narciso, Felix, Torcuato y Felipa.

Torcuato.

Hija.

Regalada.

Querido padre.

Narciso.

Regalada.

Felix.

Santa Martir.

Regalada.

Vuestra bendicion sea
Pastor mio, quien mi ánimo conforta
Arrodíllase y Narciso le da la bendicion, y despues se levanta.
en esta deseada hora postrera:

Narciso.

¿Que constancia, que admira?

Felipa.

Amiga mia.

Regalada

Dame los brazos, Padre en quien venera
la imagen del señor, la hija dichosa,
que por su fé va á morir; quisiera:

mi Narciso: mi Padre: Felix mio:
mi Felipa; ya verme de Saetas
atravesado el pecho: ansiósa aspiro
á padecer por Dios.

Felipa.

Feliz Doncella,
con que corage vences los temores
propios de nuestro ser, y su flaqueza.

Regalada.

¿ Pero como hasta aqui habeis
penetrado?

Torcuato.

Octavio, acordado aun de tu belleza
un despacho logró de Daciano;
activo, solicita de que venga
á interceder por el: luego lo accepto:
solo dandole equivocas respuestas
y vengo á darte en el postrer despido
un brazo paterno.

Regalada.

¡ O providencia,
infinita de Dios ! Octavio, padre
¡ Ah ! si: Octavio feliz; en la ley nuestra
ha de ser exemplar; el á mi vista
detestará á los Dioses, que venera,
y morirá inmolado al sacrificio
que le prepara ya cuchilla fiera.

Narciso.

Demos gracias á Dios por dicha tanta:
Regalada: la hora ya se acerca:
el parabien te doy de tu fortuna:
triunfa de Daciano.

Torcuato.

Amada prenda
del corazon pedazo; á Dios no olvides
á tu padre, cuando al Redentor veas.

Felix.

Dichosa criatura: que á los cielos,
del palo de la cruz, ligera vuelas.

Felipa.

A Dios amiga::: (*llora de ternura*)

Regalada.

¿Lloras mi Felipa?
¿y de que lloras? ¿porque me ves risueña
esperar del martirio la hora dulce?

Felipa.

El llanto y la congoja me atormentan.

Regalada.

Animo, amiga mia: el Dios amable
á sus hijas anima en las tormentas.

Narciso.

A Dios

Felix.

A Dios.

Felipa.

A Dios.

Torcuato.

A Dios, querida.

Regalada.

El señor con vosotros siempre sea.

Torcuato.

Aceptad ¡ó mi Dios! el sacrificio,
que un padre amante os hace en su hija tierna.

ESCENA DECIMAQUINTA.

Regalada y despues Lucio *y Mario.*

Regalada.

Mi Dios ; mi amado Dios ; ya vuestra esclava,
confortada con vuestra providencia,
à vos aspira ; àcia á vos camina
á vos os ama ; vuestra vista anhela;
confortadme , señor, en el martirio;
mi triste vida fenecerse vea
con constante alegria entre el tormento,
y en brazos del esposo que me espera.

SALE LUCIO.

Lucio.

Regalada ; Daciano , á mi me envia
para saber , si perseveras terca
en aquellas audacias , que insolente
contra su honor , pronunció tu lengua,
si es así ; desde luego al cadalso
manda que te conduzca , y luego mueras:
si al contrario , te colma de favores:
¿ dí que respondes ?

Regalada.

Mi respuesta es esta:
lo que dije á Daciano , me lo inspira
la próvida divina omnipotencia:
vuestros Dioses son falsos ; la ley sola

que el Cristiano sigue es verdadera:
esto respondo.

Lucio.

¿En ella te conformas?

Regalada.

Si: y deseo morir por tal creencia

Lucio.

Pues Mario...

SALE MARIO.

Mario.

¿Que me mandas?

Lucio.

Esta loca
muger, al punto, conducida sea
al lugar del suplicio; en cruz fijada
atravesada sea con saetas.

Los guardias le atan y llevan.

Mario.

Harélo como mandas.

Lucio.

Mugèr vana,
que con tanta altivez preferir quieras
una muerte violenta à las delicias,
que debe apetecer naturaleza?

Regalada.

Calla ignorante, que tu aun no sabes
las grandes glorias que á mi alma esperan;
Si tu me ofreces glorias temporales
mi dulce esposo me las dará eternas;
¡Mi Dios! ¡Benigno Dios! á vos camino;

en vuestras manos hoy mi alma se entrega.

Vase entre los guardias; y Lucio siguiendoles

ESCENA DECIMASEXTA.

Octavio solo.

Octavio.

¿Regalada al suplicio es conducida?
ya quizá los verdugos la atormentan,
ya quizá muere ¿y tu infeliz Octavio
quedas privado de la dulce prenda
que tanto apeteciste? mas; ¿que siento
dentro del corazon que asi me altera
mi espiritu? ¿conmueve mis sentidos?
voy: correré: veré la triste escena;
sacrificio sangriento, que me anuncia
el corazon un no se que, que alienta
y entre triste, y alegre, yo no entiendo,
que podrá ser.; si la muerte violenta
de Regalada, al llanto me provoca
la misma muerte el espíritu consuela.
¡O cielo! en tan afan al triste Octavio
haced que lo que siente por bien sea.

ESCENA DECIMASEPTIMA.

Narciso, Felix, Torcuato y despues Felipa.

Narciso.

Ya aquella alma preciosa, enamorada
gozará de Dios la vista excelsa,

ya su divino esposo entre sus brazos
de su cruz le dará la recompensa:
¿lloras Torcuato? (*se enternece Torcuato.*)

Torcuato.

Si: mas de alegria;
descansa en el Señor mi hija bella,
y al soberano solio del altisimo
por su querido padre, amante ruega:

Felix.

¡Que valor en un padre! ¡Ah! cuanto es
grande,
el esfuerzo, mi Dios, que en vos se encuentra.

SALE FELIPA.

Felipa.

Narciso, Felix, mi Torcuato, al golpe
de puntas aceradas de saetas
Regalada murió si....

Narciso.

¿De que modo?

Felipa.

El caso sucedió de esta manera;
sale del calabozo entre la guardia;
atada, aprisionada, con cadenas,
risueño el rostro, con brioso paso;
bizarro el aire, con la voz serena;
de sus amigas tierna se despide,
las anima, á que firmes se mantengan
en la fe del Señor; esta predica
à los mismos ministros; por fin llega
al lugar del suplicio; ya la estienden
en la cruz; la levantan; ya comienzan

los ministros impíos, à distancia
disparar á su cuerpo agudas flechas:
ella, alegre, á su dulce esposo llama;
la cara grave; si, pero risueña
de indicios claros, que divino espíritu
entre tantos tórmentos la recrea;
muere en fin, invocando el dulce Esposo;
y su hermoso cádaver, en cruz queda
de su purpurea sangre matizado
en el lugar de la ejecucion mesma.

Narciso.

¡O martir del Señor! ¡ó alma dichosa!

Torcuato.

¡O hija venturosa! ¡O alma escelsa!

Felix.

Alábente ó Señor las criaturas,
porque tantos favores nos dispensas.

Narciso.

Ya que la noche, á toda prisa viene,
dispongamos el modo como pueda
darse la sepultura respetuosa
á las reliquias de esta martir bella.

Felipa.

Dificil no será: porque los guardias
se retiraron, luego que fue muerta.

Torcuato.

Vamos á recoger estas reliquias

Narciso.

¡O mi Dios! protejed nuestras ideas.

acercaos cristianos ; ¿Mas que nueva
idea se presenta á mis sentidos?

Narciso.

¿Que será? ¿que me pasma? ¿O Dios
que nueva
mutacion me admira en este lance?
¿que es esto heróica martir? di: ¿que es
demostracion Octavio ? (*levántase Octavio.*)
¿de qué de esta suerte
profanas el lugar? dime....

Octavio.

¡Ah! la eterna
bondad del grande Dios , abrió mis ojos;
al ver, que su divina omnipotencia
conforta á sus creyentes, con tan firme
constancia en los martirios: me penetra
el corazon ; conozco mis errores,
é imploro su piedad; si: por mi ruega
esta ilustre heroina: Yo me siento
con espìritu animoso; ya desea
mi corazon al agua saludable,
que lava del pecado á quien la acepta.

Narciso.

Ven á mis brazos , heroe dichoso.
Felix amigo ; hoy à tu cargo queda
el instruirse á Octavio en la doctrina,
que nuestra religion santa profesa.

Abràzase Octavio con todos.

Octavio.

Hermanos: abrazadme.

Felix.

¡Alma dichosa!

Torcuato.

Dame los brazos: Dios la recompensa
te dará del amor con que apeteces
ser miembro noble de la santa iglesia.

MUSICA PIANO.

Narciso.

¿Mas, que armonioso acento á los sentidos
atrae mi atencion? mártir escelsa
que gozas ya la vista del altísimo,
y de mártir la augusta diadema
intercede por todos los cristianos
que te estiman, y rinden reverencia.

Arrodíllanse todos: bajan dos Angeles con antorchas en las manos: el uno pone la corona, y el otro la palma del martirio á Regalada y canta la música á tres.

Si esta doncella heroica
mostràndóse magnánima,
en amorosas ansias
por Cristo padeció;
con corona magnífica,
su Dios la coronó.
Si con constante espíritu,
no temió los martirios,
ni el terrible suplicio,
que el tirano inventó;

con corona magnífica
su Dios la coronó.
Si palma de sus glorias,
y corona de mérito,
por merecido premio
en su esposo encontró;
con corona magnífica,
su Dios la coronó.
Si el dichoso martirio
produjo frutos máximos,
cuando al lascivo Octavio
á la fe convirtió;
con corona magnífica,
su Dios la coronó.

(vuelan los Angeles.)

Narciso.

Con esta tal vision, Dios nos avisa
cuan apreciable ha sido en su presencia
el voluntario sacrificio, que hizo
està invicta, y heroica doncella.
Demos à Dios las gracias repetidas
por su benignidad: Felix; ordena
como enterrar este cadaver santo
con la pompa posible, y la reserva
que nuestra situacion ahora exije.

Felix.

Lo haré con quietud, y con prudencia.

Narciso.

Vamos à dar las repetidas gracias
al supremo hacedor.

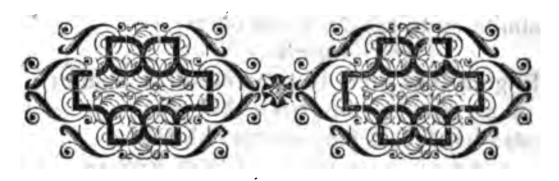
Octavio.

Bondad eterna,

conforta el corazon de un convertido,
y admite en tu rebaño á esta obeja.

Narciso.

El gran Dios, que sostiene nuestros ánimos
ha de premiar tu conversion ¡Ah! sea
vuestra bondad, Señor, siempre alabada;
pues por medios tan raros, vuestra escelsa
mano, puede atraer á las criaturas;
à senda cierta de la vida eterna,



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Daciano, Demonio y Lucio.

Daciano.

¿Y es verdad lo que dices? ¿Pues Octavio,
abandona los cultos? ¿los obsequios
que á nuestros Dioses antes tributaba?

Demonio.

Asi es, Señor, olvida los escelsos
ritus, con que ofrecia á nuestros Dioses
su adoracion.

Lucio.

Le vi entre los perversos
cristianos; con ellos está siempre;
ya huye de mi: si alguna vez le encuentro
me dice con rubor: amigo Lucio
errado vas; el Dios que yo venero,
y que la cristiandad ama y adora;
es solo, el solo Dios, que es verdadero.

Daciano.

¿Y esto puedo sufrir? amigos mios,

decidme que he de hacer en este estremo
de rabia, que me altera? dispongamos
como podré vengarme del soberbio,
que así mi autoridad pisa y ultraja;
y de cuantos cristianos á su esceso
han concurrido contra mi decoro.

Demonio.

Señor: en este lance considero,
que es menester prudencia.

Daciano.

Si Narciso
de estos efectos es movil primero;
muera él, con todos los secuaces,
que de mis Dioses, hacen vilipendio.

Demonio.

Señor: de esta ciudad Narciso es hijo;
tiene muchos parientes, muchos deudos
que podrian causar algun tumulto,
y tal vez conmover á todo el pueblo;
es mucha la faccion que hay de su parte:
lo que ahora parece á nuestro intento
mas cabal, y conforme; es, el que Octavio
muera luego, al impulso violento
de alguna traicion: podria Lucio
(de quien no hay que tener algun recelo)
al golpe de un puñal, lograr el lance;
y quedarás así tu satisfecho.

Lucio.

Por mi no me resisto.

Daciano.

Tu Flaminio,
puede ser de este lance compañero;

Demonio.

Tampoco he de negarme: en cautelas,
todo se va conformando á mis intentos;
si, si, Narciso rendirá su vida,
á la traicion que estoy ya previniendo,

Lucio.

Si á Octavio encuentro, acabará la vida,
ya que asi á nuestra ley está ofendiendo.

ESCENA SEGUNDA.

Daciano solo.

Daciano

¿Que la sangre de aquella cristiana
mudase el corazon de aquel perverso?
¿que su tenacidad y su jactancia
producido haya en él, tales efectos?
pero tendrá el castigo merecido
del arrojo, del vil atrevimiento,
con que ha burlado á todas mis deidades;
por Júpiter tonante; que he de verlo,
teñido de su sangre hecho holocausto
al rigor de mi brazo: si; él, y aquellos
hipócritas cristianos, que procuran
la ruina total de nuestros templos;
víctimas han de ser de nuestros Dioses;
y han de perder la vida á mis pies puestos.
No quede, nó, cristiano, que no pruebe
el rigor de mi enojo: todos ellos,
prueben en mi furor la justa muerte,
que merece su loco atrevimiento:

mueran; y con su muerte se compense
el cruel enojo, que en mis Dioses veo:
rigor; astucia; traicion: venganza
me han de servir en lance tan tremendo:
el nombre de cristiano quede extinto.
¡Dioses! ¡escelsos Dioses! en estremo
como este tan fatal, sedme mi guia;
que solo vuestra adoracion defiendo.

ESCENA TERCERA.

CALLE.

Octavio y despues Narciso.

Octavio.

¿O que tanquilo estoy desde aquel dia
que á vos me convertí, Rey de los Cielos?
con que alegria está, la alma del justo
que pone en Dios todos los pensamientos:
¡Ah! Yo antes anegado entre las culpas,
entre el mismo placer hallaba riesgos;
alegre ahora, con mi Dios amado,
el alma goza del mayor contento
¡O mi Dios! conservadme en vuestra gracia.
à vos mi Dios, todo mi ser ofrezco:

SALE NARCISO.

Narciso.

A preservar á Octavio de un peligro,
que le está amenazando, ansioso vengo,
Octavio....

Octavio.

¡O padre mio!

Narciso.

¿En que pensabas?

Octavio.

Pensaba ¿O Padre? del Señor eterno
cuan grande es el favor, con que á las almas
que le adoran y le aman, da consuelo.

Narciso.

¡Ah! si: el Señor al alma, que le adora,
nunca abandona; lo has de ver muy presto
con una esperiencia, que el Dios mismo
paraque le conozcas ha dispuesto.

Octavio.

Bendito el Señor sea, entre los hombres,
que de todo su amor, son el objeto.

ESCENA CUARTA.

Lucio con un puñal en la mano, Demonio y los dichos; Narciso y Octavio se pasean hablando á solas y de espaldas á los dos que van saliendo.

Lucio.

La muerte le daré sin ser sentido.

Demonio.

Poco á poco: no seas descubierto.

Lucio.

Si acierto el golpe ya feliz me miro.

Demonio.

Errarlo no podràs;

Lucio.

Ya me prevengo.

Narciso.

Confia en el Señor: el te defiende
del rigor de Daciano: ten esfuerzo
en medio del peligro que te sigue.

Demonio.

Ahora es ocasion.

Lucio.

Muere.

Narciso.

¿Que es esto?

Vuelve Narciso el rostro, úndese el Demonio con estrépito, y queda Lucio inmovle con el brazo y mano levantada y en ella el puñal.

Octavio.

¿Que intentabas amigo? ¿en que me culpas?
¿díme Lucio querido, en que te ofendo?
¡O Señor! os doy gracias; pues me miro
por vuestra proteccion libre de un riesgo.

Narciso.

Infeliz criatura; que engañado,
por el príncipe mismo del infierno,
que asistia á tu lado para el lance
que ibas á ejecutar, fiero y sangriento:
mira el poder de Dios; cuan grande sea
á la voz de un Ministro; indigno siervo
de su ley santa; inmovil has quedado;
y sin tener al falso compañero

que te animaba á tan atroz delito:
dime alma, que enredada entre los yerros
de la gentilidad, cruel, persigues,
al santo nombre del Criador eterno
¿Octavio en que te ofende? ¿que por esto
es digno de las iras de un amigo?
¿habias tu de ser el que sangriento:
ejecutar debias, con la daga
de Daciano cruel, el cruel decreto?
¡Ah! que engañado estas: abre los ojos
á la benigna luz del evangelio:
conoce la notable diferencia,
que hay de error á vervad: deja los yerros,
en que vives cautivo; reconoce
por solo Dios, al solo Dios eterno;
mira, cuan poco pueden esos Dioses:
á quienes hasta ahora diste incienso:
¿No continues Lucio en los errores;
á que el Demonio te conduce? ¡Ah ciego!
¡Ah! seducido ¡Lucio! la vòz oye,
que por mi; Dios te envia: mira el yerro
á que hasta ahora te arrastró la culpa,
y de tus falsos Dioses el respeto:
conviértete al Señor: deja el pecado:
conviértete à mi Dios con fino afecto:
él, esperando está con dulces ansias,
(Deja caer Lucio el puñal y comienza à llorar con señas de arrepentimiento.)
De tu pecado el arrepentimiento,
amoroso te espera: no lo dudes:
deja el pecado; dame este consuelo:
conviértete al Señor: angeles todos,

espiritus celestiales, que al excelso
mirais el rostro; conseguid la gracia
para esta alma de un dolor verdadero:
Si; hijo amado: el Redentor te quiere,
sigue su voz: atiende á sus acentos,
con cuales al camino de la gracia
te está llamando compasivo, y tierno:
detesta el vicio: sigue al Dios amante.
Cae Lucio postrado à los pies de Narciso.

Lucio.

Venciste; ¡ amado Dios ! à tus pies puesto
detesto los errores cometidos;
mi pasada maldad, toda detesto,
piedad, perdon, señor; misericordia:
perdonad los pecados, que aborrezco:
à vos solo amaré; no á las deidades,
que antes me merecian los obsequios;
á vos solo confieso; á vos adoro
en vos confio: solo en vos espero;
piedad, perdon, señor, misericordia:
mis pasados errores aborrezco.

Narciso.

Ven á mis brazos, Lucio venturoso,
del supremo Hacedor amado objeto:
el señor te perdona tus errores,
y te admite benigno tus deseos
¡O santo Dios! ¡O eterna providencia!
ven Lucio amado mio, vamos luego;
pues desea tu alma el Dios amable;
á instruirte en los sólidos preceptos
de nuestra Religion:

Octavio.

Querido amigo;
hermano amado ; si al señor le damos
las infinitas gracias , que merece
su providencia santa: ¿ que consuelo
me anega el corazon , al ver el modo
como trae á su ley á los perversos ?

Lucio.

Padre: amado Narciso ; ¡ ah ! con que ansia
del Bautismo las aguas apetezco!
instrúyeme , mi Padre , en la doctrina
de la cristiandad , que amante quiero.

Narciso.

Ven, adonde..... mas Felix.

ESCENA QUINTA.

Felix y los dichos.

Narciso.

Felix mio;
mira como el señor , con su desvelo
à las almas atrae , que contrítas
con su bondad confian su remedio:
Lucio , aquel Lucio, que antes atrevido,
al nombre persiguió del Dios eterno;
arrepentido ya de su pecado
le confiesa , le quiere , y ama tierno.

Felix.

¡ Adorable bondad omnipotente !
por beneficio tal os rindo atento
las gracias de los frutos , que produce
vuestra brillante luz del evangelio.

Narciso.

Felix, instruye á nuestro convertido
en la santa doctrina:

Lucio.

¡ Ah sea luego
que el corazon desea ser cristiano,
y servir á aquel Dios que es verdadero.

Narciso.

Si por mi voz, señor, se ha convertido,
este gentil; los toques Dios eterno,
que al corazon le distes, fué la causa:
no mi voz; vuestro auxilio; no mi acento:
dadle nueva constancia en lo que emprende:
confortad, ¡ ó mi Dios ! sus pensamientos.

(*Vanse*)

ESCENA SEXTA.

SALON CORTO.

Torcuato, Felipa, y despues Alberto apresurado.

Torcuato.

Ya ves; como el tirano nos persigue;
ya ves Felipa, cuanto es nuestro riesgo;
esperemos constantes los asaltos.
que arma contra nosotros el infierno.

Felipa.

A todo estoy dispuesta; y prevenida:
no me espanta la muerte: entre tormentos
constante moriré, si Dios lo quiere:

de Regalada imitaré el ejemplo,

Alberto.

¿ No sabeis lo que pasa ? ¿ no ha llegado
la noticia á vosotros del portento?
Lucio se convirtió, cuando intentaba
el lance mas cruel, y mas horrendo;
quiso matar á Octavio; mas Narciso
con su voz reprendiendo, convenciendo
le redujo al Señor; ya convertido
olvida de sus Dioses el afecto:

Felipa,

¿ Y quien podrá no obedecer las voces
de nuestro Santo Obispo? ¡ Ah ! Dios eterno
tal eficacia puso en sus palabras,
que no podrà escucharlas el mas terco,
sin rendirse al impulso de sus sólidos
eternos, ciertos, Santos argumentos.

Torcuato.

¡ Ah ! ¿ que fuera paisanos de nosotros
si Narciso faltara á socorrernos?
él, en todos los lances nos ampara;
él, convierte á la ley, á los protervos;
que ignoran los preceptos y Doctrinas,
que en la cruz confirmó el eterno verbo:
en Narciso tengamos esperanza:
mientras seguro esté su valimiento,
no temais Ciudadanos: él nos libra
en todos los peligros, en los riesgos:
si convirtió al Señor á esta alma errante,
será esta noble accion, será este hecho
una piedra brillante, que algun dia,
adorne la Corona, que es su premio,

Felipa.

No sé, que siento dentro de mi misma,
ni que gozo me dan estos portentos;
¿ó que felicidad espera el alma?
Torcuato, yo no se lo que me siento:
¿esta noticia? ¿convertirse una alma
a la voz de Narciso? altera el pecho;
y me anuncia una dicha, que no alcanzo;
un gozo me prepara, que no entiendo.

Torcuato.

El eterno Señor con sus bondades
de glorias colmará siempre este pueblo.

ESCENA SEPTIMA.

SALON.

Daciano, Mario, y despues el Demonio.

Daciano.

¿Que esto pueda sufrir? que mis parciales
ultrajen de esta suerte, mis intentos?
¿que Octavio, Lucio, mis amigos fieles,
mis mas apreciados consejeros,
baldonen de esta suerte las deidades,
á quienes tributaron sus respetos?
¿y que Narciso ufano entre mis penas
se atreva á despreciar, à mis decretos?
ya no puedo sufrir tantas injurias,
tal desacato, ya sufrir no puedo,
morirán los cristianos á mi mano
de mi rigor serán vil escarmiento.

SALE MARIO.

Mario.

Luego dispon que mis soldados
estén apercibidos; ten aliento;
y seguirás mis pasos: todos mueran:
mueran á impulso de mi enojo fiero;
y cuando no lograse exterminarlos,
acabe la Ciudad á sangre y fuego.

SALE EL DEMONIO

Demonio.

¿Que intentas gran Señor? ¿tan conmovido?
¿tan furioso y activo ahora te encuèntro?
¿que tienes? gran Señor.

Daciano.

¡Ah! que no sabes,
cuanto es de los Cristianos el esceso,
que contra Jove, y las deidades sacras
los arroja al mas vil atrevimiento?
sabes que Lucio? ¿Lucio? ¿el confidente
de todos mis asuntos? que el protervo?
¿sigue ya del Cristiano la Doctrina?
¿que á la voz de Narciso estando atento,
ni á Octavio dió muerte: antes rendido
los Dioses abjuró, que amaba? ¡ó Cielo!

Demonio.

¡Ah! bien lo se: se lo cruel del lance:
y se la causa de mi vencimiento. (*aparte*)

Daciano

¿Y podré yo sufrir tantas injurias?
¿sufrir podré yo tanto atrevimiento?

estoy resuelto: mueran los Cristianos:
muera Narciso: si ; ya estoy resuelto.
Si mi edicto, produjo inobediencias,
demuéstrese mi enojo manifiesto,
con milicias armadas, à mis iras
pondré el debido fin: el nombre escelso
de Diocleciano, y Daciano sean
temidos en el mundo: si: ellos: ellos
han de acabar al golpe de mi brazo,
y han de probar los filos de mi acero.

Demonio.

Perdona ; ¡ó presidente! las ideas,
que estàs forjando tú, no las apruebo:
acuérdate te dije: que Narciso
tiene parientes ; tiene muchos deudos
en la nobleza principal ; si acaso
con la publicidad yerras el hecho,
y á tus intrepideces le derribas,
podrà moverse algun motin sangriento
que cause mucha sangre ; y tu podrias
resultar responsable del esceso:
mira: el modo mejor como consigas,
logra el fin de tus desasosiegos,
seria gobernando la materia
con ardid, traicion, y con silencio,
Narciso y sus Cristianos, se convocan
en un lugar oculto ; allá en secreto
hacen las ceremonias de su culto,
y al Dios que adoran rinden los inciensos:
Tu tienes confidentes, que te valen,
tu resòlucion confia á ellos:
cuando Narciso entrare con los suyos

à hacer sus sacrificios en el Templo;
todos podrian con un solo golpe
oculto, y alevoso quedar muertos.
Este es mi parecer; mas tu dispone,
lo que mejor te esté para este hecho.

Daciano.

Apruebo tu dictamen: mi Flaminio,
tu prudente pensar del todo apruebo;
Mario ¿tendrás valor con tus amigos
de ejecutar del modo, que ha dispuesto
Flaminio, el lance?

Mario.

A mi el valor me sobra;
y queda bien seguro del acierto.

Daciano.

Cuidado Mario, que de Octavio
y Lucio
no sigas temerario los ejemplos.

Mario.

Pienso de otra manera: no receles.

Daciano.

Advierte: busca amigo, con secreto
á tus parciales; ánimo, y perezcan,
los que con su Narciso entren al templo;
yo de reserva con mis guardias mismas
observaré los lances desde lejos;
y si fuere oportuno......(ya me entiendes)
libertaré tu vida à todo riesgo:
vamos á poner fin á mis pesares.
Muera Narciso: pague el vilipendio,
con que á mis Dioses atrevido ultraja:
vamos Flaminio ¿Mario? con secreto.

Demonio.

Ya llegó mi venganza à cuanto pudo:
valga una traicion; rinda un acero
alevoso, la vida de Narciso,
que me ocasiona tantos sentimientos.

ESCENA OCTAVA.

BOSQUE.

Narciso y Felix.

Narciso.

¡Felix mio! en este lugar oculto,
á mis fieles paisanos, ahora espero
para acudir al templo del altísimo
á celebrar el grande, el incruento
sacrificio, que amante nos acuerda
los excesos de amor del verbo eterno.

Felix.

Puedes allá con todos tus paisanos
elevar al señor los pensamientos;
pues oculto el lugar, no habrà peligro,
que seamos al tirano descubiertos.

Narciso.

¿Y cuando lo seamos? ¿que hacer puede?
¿acabarnos las vidas? nada es esto:

ESCENA NONA.

Octavio, Felipa y los dichos con algunos Cristianos.

Octavio.

Padre; querido padre; ya en tu busca
íbamos presurosos,

Narciso.

¿Mas que es esto?
¿adonde están mis hijos apreciados?
¿mis amados? ¿Torcuato? ¿Lucio? ¿Alberto?

Felipa.

Han quedado observando unos señales
que indician no sé que de movimiento,
Daciano y sus soldados van turbados;
estan sobre saltados, é inquietos:
vendrán despues; han dicho que nosotros
à encontrarte viniesemos: y que ellos
luego nos seguirán:

Fèlix.

Vamos Narciso
á ofrecer al señor nuestros obsequios.

Narciso.

Si: vamos á pedir con esperanza
al Dios de la verdad, nuestros consuelos.
¡Mi Dios! al templo voy; á vos suplico...
si: la prosperidad de este mi pueblo;
protegedle señor: sedle su amparo:
Narciso os lo suplica: oid mis ruegos.

ÉSCENA DECIMA.

Daciano, Demonio, *despues Marie con* Comparsa.

DISFRAZADOS.

Daciano

¿Que quietud? ¿que silencio? nad'e se oye:

Narciso con los suyos entró al templo:
Mario, tal vez el golpe ha ejecutado;
con que de mi rubor vengado quedo.

Demonio.

Asi te vengarás; asi se logra
con gran seguridad tu vencimiento.

Daciano.

El alma tiembla aun ¡ que! ¿ Mario ¿ amigo?
¿ lograste el golpe activo ? dí, murieron
¿ Naréiso y sus paisanos?

SALE MARIO, Y SOLDADOS DISFRAZADOS.

Mario.

Si: al impulso
de mi traidor puñal, quedaron muertos.
sorprendoles con estos mis parciales,
cuando acaban de entrar dentro del templo;
sin hacer resistencia: al mortal golpe
quedaron expectáculos sangrientos:
murió Narciso; en el tobillo y hombro
y en la garganta recibió mi acero;
bañado de su sangre pierde inerme
el postrer pulso del vital aliento:
El templo ya hecho piso de cadàveres
es el anfiteatro mas sangriento;
pero nadie se queja de la herida,
con que rinde su vida: hasta el protervo
Octavio murió allí: todos invocan
en lance tal, auxilios de los cielos,
quedas vengado ya.

Daciano.

Si: Mario amigo,
de mis agravios ya vengado quedo.
¿ Pero que de congojas, que de apuros
me ha costado lograr tal vencimiento?
cierto que si Flaminio no me guiara
con su prudencia, y con su buen consejo;
erráramos el golpe; y no lograba
el lance, que logre con tanto acierto.

Demonio.

Si: mi Daciano: el golpe ejecutado
con discrecion y pulso, ha sido efecto
de nuestra traicion premeditada,
con la cual tus contrarios quedan muertos:
Si asi no fuera; habriaste arrastrado
de un impulso ruidoso, y violento;
tal vez movido hubieras un tumulto,
que te fuera sensible; asi lo creo:
Mas lo qué importa ahora, es que no ceses
de perseguir á los Cristianos ciegos;
que están en la Ciudad, y que orgullosos
burlarse intentaran de tus decretos:
Válte de la cautela, y acechanzas,
para lograr el fin del vencimiento.
Mueran ellos al golpe del impulso
mismo, con que los otros ya murieron.

Daciano.

Flaminio: en todo seguiré tu aviso:
en todo he de seguir tu pensamiento;
pero no es justo, que tus advertencias
queden sin el debido justo premio
de que eres acreedor, ni que tampoco

quede Mario sin agradecimiento:
Flaminio, á ti te elijo desde ahora
para mi mas prudente consejero;
y á Mario nombro por mi secretario;
pues sabe proceder con tal secreto,
y ejecutarlo con astuta maña,
como ha ejecutado lo que ha hecho.

Mario.

Tantas gracias te doy por la confianza
con que me honras con el nuevo empleo.

Daciano.

Vamos á descansar de los cuidados
que tanto mis corages abatieron.

Demonio.

¡ Ah ! ¡ Gerona ! ¡ Gerona ! no te glories
que hayas logrado un grande vencimiento,
teme mi furia, teme mis ardides,
que á perseguirte siempre estoy dispuesto.
Tu contrario he de ser, y no confies,
que has de vencerme, aunque Narciso ha
muerto;
porque no te valdrá su patrocinio,
por mas que fies en su valimiento;
contigo quedo en Guerra: y he de verte
abatida à las furias del infierno.

ESCENA UNDECIMA:

TEMPLO, ALTAR, Y LUCES.

Narciso, Felipa, Octavio y otros.

Muertos derramando sangre por las heridas, Narciso las manifiesta en la garganta hombro y tobillo, Torcuato, Lucio, Alberto, y Cristianos.

Torcuato.

Ya Narciso os espera: ¿mas que asombro?
¿que crueldad? ¿quien pudo; Dios eterno?
¿que desgracia fatal paisanos mios?
¿que desgracia fatal amado pueblo? (*llora*)

Lucio.

¿Y que haré yo sin ti Padre querido?
¿que podré hacer? ¿si ya tu voz no entiendo?
¿que idea tan traidora, así se atreve
a alterar la quietud, de este tu siervo?

Alberto.

Lloraré amargamente esta desgracia:
¡O puñal alevoso que sangriento
arrebatas la mas amable vida,
que de esta mi ciudad era el ejemplo!
Narciso, mi Felipa; almas heroicas,
rendidas ya á los filos de un acero
¿cual impulso alevoso os arrebata
quitando á los vecinos su consuelo?

Torcuato.

¡O sangre derramada, y preciosa!
¡O martires gloriosos! ¿que podremos
en tal lance esperar? ¿muerto Narciso?
¿muerto el Obispo, que constante ardiendo
en continuo crisol de amor divino
era de la ciudad todo el consuelo?
desmaya el corazon al ver tal lance:
yo no sabré explicar el gran tormento;
que aqueja al alma al ver esta tragedia
y aflije el corazon en tanto estremo:
llorad, queridos mios gerundenses;
pues ya murió quien pudo en todos riesgos
libertar la ciudad de las desgracias,
que puede padecer en todos tiempos.

ESCENA DUODECIMA Y ULTIMA.

A son de la música grave y armoniosa se iluminará magnificamente el Teatro: baja el alma de Regalada en un Trono magestuoso tanto como se pueda, acompañada de angeles con coronas y palmas del martirio, llevàndolas para colocar en las cabezas de los santos mártires.

Regalada, Angeles y dichos.

Torcuato.

Mas ¿que dulce armonía me sorprende?
¿que es esto amado Dios? ¿mi Dios que es esto?

Arrodíllanse los cristianos como sorprendidos: Toca la música y se canta el siguiente recitado, y Aria.

RECITADO.

Regalada.

No temais: alentad: la providencia
del grande Dios, benéfica os consuela:
murió vuestro pastor á la violencia
de alevoso puñal, que con cautela
cuándo cree en vosotros resistencia,
haciéndose traidor el golpe cela:
logrando con ideas fementidas
quitar la mejor vida á tres heridas.

ARIA.

Si en el templo augusto
de la madre Santa,
vertió su fiel Sangre
vuestro protector;
hoy por Regalada,
con pompa notable
se corona el martir
muerto á Traicion.

Regalada.

Ya, Narciso, de tus santas fatigas
lograste el dulce apetecido premio:
ya pisas glorioso las moradas,

que dá el señór á sus constantes siervos
este templo, á Maria (*) dedicado
por el devoto Gerundense pueblo;
lugar bañado en sangre de Narciso,
es la delicia del Criador eterno:
aqui . acabó la vida vuestro martir,
y la de sus invictos compañeros
á impulsos de traidora mano aleve
que con la traicion logró el intento;
pero comenzó aqui, la vida eterna,
que del martirio amado será el premio.
Ya por mi mano la corona hermosa
del martirio, poner quiere el eterno
en la cabeza, y mano de este heróico,
glorioso vencedor: Narciso: el cielo
te premia por mi mano: ciñe el lauro
que ha conseguido tu merecimiento
en el alto concepto del altísimo.
Espíritus celestiales; que á su obsequio
respetuosos servis, entregad palmas,
ceñid coronas á estos frios cuerpos,
que por la fe la sangre han derramado
siendo una traicion el instrumento.

Regalada corona á Narciso, y los angeles á los demas mártires, y se repite la aria si en el templo augusto &c.

Ya tienes á Narciso coronado,

(*) El templo de santa Maria extramuros, despues Iglesia de san Felix Africano, en donde padeció el santo su martirio.

con su corona (merecido premio)
Gerona Ilustre ¿lloras? ¿te entristeces
porque ya murió? ¡Ah! cobra, cobra aliento;
No llorais ciudadanos, que Narciso
es vuestro protector, despues de muerto.
Estas heridas, que virtiendo sangre
á los tres golpes del traidor acero.
matizan este suelo; seràn siempre
medianeras con el padre eterno:
no se marchitará la fresca sangre,
que por estos humbrales va corriendo.
No entrará corrupcion en el cadaver,
que jamas corrumpió vicio perverso:
á la posteridad, causará pasmo,
verlo incorrupto, verlo siempre entero;
por mas, que impia mano de tiranos
(aun que hayan espirado años quinientos)
arrastre por las calles á Narciso,
entero quedará por tu consuelo,
¡ó gloriosa Ciudad! un olor suave,
y celestial, exalará su cuerpo,
que llene de ternura á sus paisanos,
siendo de su virtud, visible premio.
Si á Narciso acudieres ¡ó Gerona!
al verte amenezada de algun riesgo,
fia en su proteccion: fue buen paisano
y nunca olvidará su patrio suelo:
cuando peste amenaze á tus recintos,
que quiere introducir un estrangero,
Narciso en lance tal, ha de librarte
del contagio fatal; que estés temiendo:
cuando en paz descansares, tu patrono

te alcanzarà los solidos aumentos,
que produzca en los fieles Ciudadanos
riquezas, abundancias y buen suceso.
Cuando te amenazaren enemigos,
queriendo de la Ciudad hacerse dueños;
deslumbrará Narciso á los soldados,
que aspiren á lograr un tal intento:
cuando estos enemigos á los muros
tengan puesto un cruel, constante cerco,
y te debas rendir, viendo agotados
del arte militar todos los medios,
un formidable ejercito de moscas
que Narciso enviará, será escarmiento
de tantos enemigos, que parezcan,
y dejen libre el gerundense pueblo.
si muertes repentinas te sofocan,
causando á los vecinos desconsuelo,
acudiendo á Narciso, en tal trabajo
quedarán libertados de tal riesgo:
¿los rayos amenazan tu recinto?
te amparará Narciso contra de ellos.
Si niega Dios la lluvia á tus campañas
logras la abundante por su ruego:
y si la seguedad te contristare,
Narciso en trance tal, será remedio.
Si las aguas que tus campañas riegas
inundaren las plazas, en extremo
tan deplorable, tu patron amante
reducirá las aguas á su centro.
Por fin: en todo lánce, en todo apuro,
en la tribulacion, en el aprieto,
en Narciso tendràs; ciudad gloriosa;

seguro alivio , asegurado puerto.
¡Ah! ¡Gerona gloriosa! si: gloriosa
por conservar el glorioso cuerpo
de tu mártir, tu obispo , tu hijo ilustre,
que te hace ilustre, en todo el orbe entero.
Gerundenses devotos; si; sed gratos
á las glorias, con que os regala el Cielo;
¡Ah! cuando llegue el dia deseado,
en que puestos en obra los deseos,
podreis construir magnífica capilla,
de gratitud perpetuo monumento;
en que colocareis de vuestro mártir
el glorioso , é incorrupto cuerpo;
cooperareis entonces , nada escasos
á la construccion de este su templo:
vuestras mismas montañas, darán jaspes
para adornar la fabrica : el esmero
de aquel, que os guiará para la empresa,
de liberalidad os dará ejemplo:
Una cubierta de mazisa plata,
será de su sepulcro el ornamento:
obra en que brillará el primor del arte,
y de su hàbil artífice el ingenio:
Dádiva que á Narciso generosa
esta ciudad ofrecerá en obsequio
de los muchos benéficos oficios
con que la ha de colmar en todos tiempos,
no olvideis Gerundenses los favores,
que á ruego de Narciso os harà el Cielo:
si: gloriosa serás , ciudad noble;
tu nombre sonará en el mundo entero.
dándote entre las gentes con su amparo

tu hijo, y mártir Narciso nombre eterno;
que este mártir, á manos de un traidor,
ha de ser de su patria, el protector.

MÚSICA.

Sí: serás gloriosa,
Ó Gerona amada;
pues en tu Narciso
las glorias afianzas.
No temas los riesgos,
si ellos te amenazan;
que tu hijo, y obispo,
en todo te ampará.
Tu hijo, obispo, y martir,
serà con constancia
tu firme defensa,
si tu le eres grata.
Gloriosa Gerona,
que á Narciso guardas;
pues protector siempre
será él, de su patria.

FIN.

